

## **Cuerpos como bosques**

Ángel Hernández

## **I. Isabel. Representación física del bosque**

Este es mi cuerpo y esta es la geografía

que muestra todo lo que ha sucedido en él:

Bosques.

Territorios desiertos del bosque.

Incendios temporales. Plantas vivas y muertas.

Refracciones de luz.

Hoy, mis maneras de entender el cuerpo son otras:

Un territorio comparable a la porción de tierra que pueden contener

dos manos sin separarse.

**Territorio:** Tierra/ terreno/ superficie/ propiedad/ área/ continente/ país/ enclave/  
sitio/ zona/ nación/ paraje/ paisaje/ cuerpo.

Hoy, mis pies se desplazan hacia el territorio de otro cuerpo

a causa, principalmente

de dos ventajas que trae el miedo:

**1. Permanecer inmóvil.** Seducida por una idea: reducirme. Tratar de hacerme lo más pequeña posible, como algunos insectos. Ser imperceptible ante los demás. Luego, quedar inmóvil el resto del día, alejándome de la capacidad que conservan algunas especies por entenderse con sus agresores.

**2. Permanecer temblando.** Contener toda la energía posible y, después, liberarla a través de las extremidades del cuerpo en un temblor similar al que sobreviene después de un orgasmo. Luego, mantenerme en la necesidad de saber cuánto tiempo puedo permanecer temblando por esa sensación y no por el miedo a ser asesinada.

## **II. Violeta. Primera entrevista a Isabel, 2 de febrero de 2011**

—¿Cuánta gente hay con ustedes?

—Muy poca.

—¿Por qué?

—La gente ha preferido irse.

—¿A dónde?

—Ha huido al bosque.

—¿A este bosque?

—Sí. Algunos piensan que ahí pueden estar seguros.

—¿Y es así?

—Nadie sabe si es así.

Isabel se queda en silencio. Luego, no pasa nada más. El tiempo transcurre como una voluta de humo que se concentra y se expande en periodos generalmente cortos. La temperatura de la montaña también es cíclica. Se compone de climas adversos, difíciles de comprender: calores intensos y fríos repentinos que hielan la piel. La temperatura de la montaña es cambiante, como los cuerpos que la habitan. Impredecibles como el de Isabel.

—Algunos han dicho que se esconden ahí.

—¿En la montaña?

—Sí.

—¿Sabes de alguien que haya estado ahí?

—Yo.

—¿Me llevarías?

Isabel vuelve a tomar un respiro. Entonces, entiendo que debo dejar las preguntas y volver a mi hotel.

### **III. Isabel y Violeta. Segundo encuentro, mañana templada**

—¿Qué ha pasado aquí, Isabel? ¿Por qué han comenzado a irse?

—Al principio, nos quedábamos ocultas detrás de las puertas. Se habían llevado a los hombres y los niños dejaron de hablar.

—¿Qué hicieron?

—Lo mismo. Dejamos de hablar.

Isabel siente que estoy aquí para algo más. Desconfía. Caminamos por la parte media de la montaña abriendo espacios de distancia y cercanía. De exhalaciones cada vez más frecuentes por apresurar el paso y contener el vértigo de la altura. Ahora, me he cortado accidentalmente el hombro con la rama de un árbol y sus ojos comienzan a temblar.

—Sangras.

—Sí.

—¿Por qué sangras?

—Por accidente.

—Ten, límpiate.

—Gracias.

—¿Estás mejor?

—Sí, mejor.

—Violeta... ¿A qué has venido?

—No entiendo.

—Sí. Sí lo entiendes.

Entiendo, pero no sé qué responder. La pregunta me hace un *flash back* de imágenes que se precipitan desde que era una niña que había sido colocada a un lado de la ventana como una planta. Imágenes que entendí que podían ser suficientes para hablar más adelante sobre algunos medios y procesos de explotación y violencia hacia la mujer. Del desplazamiento de cuerpos colectivizados, de la anulación del territorio, del miedo. De mi propio miedo.

—No sé a qué vengo, Isabel.

—¿No?

—No. Quisiera tener tiempo de pensarlo un poco más.

—Piénsalo.

Seguimos caminando. Caminando lento, en silencio. El ramaje se sigue metiendo a nuestro paso y, en algún momento, se entreteje tanto que nos detiene y nos coloca en una cercanía que podría parecer incomoda.

—Isabel, vengo a hablar de esto. Hasta donde “hablar de esto” pueda ser posible.

—Podrían matarte.

—Lo sé.

Partículas diminutas comienzan a caer sobre nosotras y, de pronto, comienza a caer algo de lluvia.

**Esporas:** Lluvia de partículas que caen lentas, pero no celebran en nuestros cuerpos la permanencia temporal de la espera, se esparcen pronto de forma violenta, trayendo hasta nosotras espejismos de otros acontecimientos del bosque.

**Bosque:** Palabra que se alimenta de otra naturaleza lejana a nuestra comprensión del mundo. Un conjunto de flora y fauna que se resiste a la extinción de su propia especie. Un hábitat que se sostiene a ratos y luego cae hasta nuestros pies.

Entonces, nos detenemos.

—¿Qué ha pasado aquí, Isabel?

—Te lo diré, Violeta.

#### **IV. Todo lo vimos por la ventana. Primeras imágenes de Isabel con relación al bosque que existía y el bosque que ahora es**

1. La depredación del bosque comenzó en 2008. Entonces, teníamos la idea de que algo podíamos hacer para impedirlo. Pero no fue así, nos lo dejaron claro. A cualquiera que se pusiera en su camino —que era el nuestro— terminarían por matarlo. Entendimos que la respuesta no era cuestión de valor; era razón de existencia.



2. Por la noche, llegaron hombres que nunca habíamos visto. Hombres que se desplazaban con prisa llevando consigo algunas herramientas. Entraban al bosque y volvían a salir. Temblaban y, al poco tiempo, se reponían. Luego, gritaban que nos fuéramos de ahí. A la mañana siguiente, ya no estaban, pero tampoco estaba parte del bosque.

3. El día avanzaba lento, con la apariencia de una bestia hambrienta que ha perdido la dirección y, enseguida, la recupera a fuerza de esmero y paciencia. Los hombres llegaban cansados de las jornadas de cultivo y se disponían a cerrar las puertas de sus casas. Nadie decía una palabra. Ese silencio quedó acumulado en las estancias. Entre las habitaciones y entre quienes las habitaban. Ese silencio se volvió un territorio de dolor habitable. Como fuera después el polvo. Y como fuera la ceniza que traería el incendio.

## **V. Recuento de identidades. Violeta va por primera vez a la casa de Isabel**

### ***Violeta, 35 años***

Llegué a Cherán en el año 2011. Soy periodista, de origen argentino. Isabel tenía veintisiete años entonces. Isabel me mostró algunos objetos que pertenecieron a su padre, Rubén, que había desaparecido algunos años atrás. Isabel permanecía callada la mayor parte del tiempo y, luego, me puso al tanto de casi todo. Conocía

las expresiones del clima y el lenguaje de los militares armados que frecuentan las poblaciones buscando mujeres solas, porque la mayoría de los hombres habían desaparecido también. Después, me llevó a conocer parte del miedo y la desconfianza de una comunidad en relación con el periodismo y me abrió la puerta de su casa por primera vez la mañana del 8 de febrero de 2011.

### ***Isabel, 27 años***

Conocí a Violeta en una entrevista porque era periodista y a nosotras nos había interesado hablar siempre con periodistas, sobre todo si los periodistas dicen la verdad, aunque eso en su mayoría pueda traerles la muerte. Desde la primera entrevista, vi que Violeta no era igual a los otros. Desde la primera entrevista, noté que Violeta era, antes que una periodista, una mujer como nosotras. Le abrí mi casa por primera vez el 8 de febrero de 2011. Mi madre estaba ahí y nos miraba en silencio. Ella, como otras mujeres del pueblo, había decidido dejar de hablar en señal de protesta. Entonces, solo miraba y mirando decía.

### **Isabel y Violeta. Movimientos involuntarios, 8 de febrero de 2011**

—Esta es mi casa.

—¿Has visto?

—¿Qué?

—Abriste la puerta y dejaste un momento tu brazo extendido, así.

—¿Cómo?

—Así. En el aire.

—Son... supongo que son movimientos involuntarios.

—¿Involuntarios?

—Sí. Como pasa con algunas plantas.

He caminado contigo, Isabel —planta—, y contrario a lo que pudiera parecer, me he sentido segura. Hay cosas que debiera decirte, pero no te digo. Hay cosas que debiera preguntar, pero no lo haré. He caminado contigo y nada de lo que pensé con relación a ti, al clima o al bosque ha sucedido.

—¿Te quedarás?

—Me quedaré, por lo menos un tiempo más.

—¿Quieres un té?

Isabel —flor— no alcanza a dimensionar la condición del tiempo que opera en ella. En su cuerpo pequeño, que se reconoce en las expresiones cotidianas del espacio. Isabel defiende su condición de estar, pero esa condición no defiende a Isabel. Sabe

que tendrá que irse y sabe que no podrá. Isabel va por un té. Y el té es de flores que han caído en el patio.

—Ven conmigo.

Isabel me lleva a la habitación de su padre y comienza a desplegar sobre la mesa objetos que cuesta trabajo entender. Objetos que, sobre la mesa, duele ver. Un reloj, un pañuelo, dos fotografías. Duelen. Como duele ver a Isabel tratando de acomodarlos de un modo lindo, para que yo pueda fotografiarlos.

—Son de Raúl.

—Sé que son de Raúl.

—Es lo único que quedó de él.

**VI. Raúl. Rutas del bosque que han abierto los silencios (Isabel recuerda a su padre a partir de algunas imágenes que se desprenden de los objetos y le permiten reconstruir las razones de su desaparición)**

Pienso en ti.

En los días en que pasamos hambre y tú saliste al bosque  
y regresaste con un venado.

Una bestia hermosa sacrificada para que  
nosotros —demonios desnudos y hambrientos—  
llegáramos a acabar con ella.

Nos dijiste:

*La vida tendrá que ser así*

*Kuerauajperi/ Kurhika k'eri*

una procesión de sacrificios y voluntades por perdurar.

Fue esa temporada de 1982

cuando todos tus amigos comenzaron a morir

y la noche y el modo en que todo eso se reconfiguraba

con la presencia de *Los sacrificadores*

comenzaba a perturbarte.

Siempre había muchos niños cerca de ti que te seguían

y recordé cómo era yo siempre también de necia

por querer estar contigo

siempre cerca

lo más cerca que podía.

Tocar es saber dónde se está.

Te tocaba algunas veces y acomodaba el universo

en una misma dirección.

Hoy tu cuerpo desaparecido me llena

de virtudes pasajeras,

me hace sentir afortunada por tener tu recuerdo

pero luego esa emoción se desvanece y

me hace sentir vergüenza.

Me hace sentir que soy pequeña y pequeña me puedo

comunicar con los insectos cuya política es salvaje

como la nuestra y sin embargo nadie lo toma en cuenta.

Como nadie toma en cuenta

que desde hace un año no se te vea más por acá.

Papá: Me ayudo a no tenerte.

A evitar mirarte.

A querer saber algo de ti.

Sé que te llevaron lejos.

Estaba dormida y escuché que alguien entraba en la casa.

Estaba dormida y entendí que despertaríamos por la mañana y

te vería otra vez como todos los días.

Hoy estoy sentada sobre la tierra húmeda después de la lluvia y

sobre esa misma tierra pido a alguna fuerza del estruendo

—*Auáandarhu*— que te traiga de vuelta.

Y que si es sin vida de cualquier modo te traiga.

## **VII. Violeta regresa a la montaña y, en la montaña, encuentra ropa que cae de los árboles**

He regresado al bosque hoy por la mañana y me he encontrado con restos de ropa que ha quedado prendida entre las ramas de los árboles. Luego de ver esto, no he podido vestirme. He sacado todo de mi maleta y he intentado meter mi cuerpo a la cama para poder dormir un poco. En el sueño, he visto más. He visto que las copas de los árboles se inclinan hasta el suelo para volver a lo alto en jirones de tela que se mecen con el viento como señal de que es necesario cavar ahí. Y eso me ha horrorizado. Tomo el teléfono y le marco a Isabel, pero Isabel no contesta. Me ducho, vuelvo a ducharme. No quiero vestirme más. No puedo seguir usando la misma ropa porque toda la ropa tiene los mismos recuerdos de la gente que he perdido. Entonces, voy a la computadora y escribo:

*Lectura de las prendas que fueron mías o de otras mujeres/ O fueron de nosotras que somos esas mujeres./ Apuntes sobre las primeras prendas encontradas en Cherán.*

### **Blusa**

Durante el mes de febrero del año 2011, por la utopista que atraviesa la localidad de Nahuatzen, un camión de pasajeros se detuvo y de él bajaron hombres armados



que habían sido traídos desde diferentes dependencias. Eran parte de la policía, pero actuaban discretamente para células del crimen organizado instaladas en el estado de Michoacán desde 2005. Ese día, Lucía, usaba esta blusa blanca.

### ***Falda***

La madre de Montserrat me habló de que encontró los restos de la falda de su hija en una de las barrancas de la montaña. “Nos tomaron por sorpresa”, dijo. “A mí me dejaron ir, pero a Montserrat no”. Nuestra manera de identificar a los agresores fue mirarlos a los ojos sin decir una palabra. Ellos, por su parte, sostuvieron la mirada unos segundos y, luego, prefirieron mirar hacia otra parte. Sabían que tendríamos que volvernos a mirar. Que volverían por más.

### ***Calzado***

Se nos dijo: “Oponerse a cada causa, a cada empeño, a cada inteligencia que tenga el propósito de desplazarnos”. Y nuestra comunidad fue desplazada sin perderse del centro que la sostenía. Se desplazó unos metros más allá de donde estaba. Para ese momento, nuestros pies ya iban descalzos. Todo quedó correspondido en un misterio del que nadie quería salir y ser parte.

### ***Ropa interior***

María Luisa era la más pequeña de nosotras. —En esa mirada, yo podía reconocerte, porque era idéntica a la que tenía a los trece años—. Mi madre y yo tomábamos consideraciones con algunas personas. Sabíamos a quién mirar y a quién no. María Luisa también, pero María Luisa fue extraída de casa sin tener tiempo siquiera de mirar a alguien. Mis pensamientos cambiaron —mis recuerdos de las miradas también—, no fueron los mismos en el momento en que se la llevaron a ella y no fueron los mismos cuando se la llevaron a ella, conmigo.

### **VIII. Reflejos. Isabel en su cuarto con Violeta**

—¿Por qué usaste lo que te he dicho para escribir esto?

—Es mi trabajo, Isabel.

—Hablas de mí.

—No, no hablo de ti.

—Si hablas de ellas, hablas de mí. Hablas de mí sin consentimiento mío.

—Llamé varias veces a tu teléfono.

—Ya no respondo llamadas, no es seguro.

—Solo quería mostrártelo. No está terminado, no está publicado en ningún sitio.

—No hablaré más contigo.

—Está bien.

—Y mejor vete.

—Isabel, regresé a la montaña. Encontré ropa de gente entre los árboles. Ropa que salía de la tierra. No hace falta tratar de explicarse por qué. No hace falta que pregunte cuál es la razón de que eso suceda. Entiendo perfectamente que, en este lugar, ocurren ejecuciones de manera frecuente, la mayoría de ellas de hombres, pero también de mujeres jóvenes. He regresado a mi habitación y he pensado en irme de aquí. Cualquiera después de ver eso se iría, pero yo quiero, yo intento ayudarme a entender que debo quedarme. Porque sí lo quiero. Y si lo pienso un poco, me coloco en la idea de que es necesario, tanto como para exponer mi condición de mujer, de extranjera, de madre.

—¿Tienes un hijo?

—Sí, tengo una niña.

—¿Dónde está?

—En Córdoba.

—¿Por qué la dejaste?

—No lo sé, Isabel. Por venir acá y trabajar en lo que creo.

—¿Volverás?

—Sí, volveré. Puedo volver, pero...

—Pero ¿qué?

—Pero por ahora quisiera ayudar un poco.

—Cierra los ojos. Ahora ábrelos. ¿Qué ves?

—La ventana.

—¿Y detrás la ventana?

—La montaña. Grande, oscura.

—Vuévelos a cerrar.

—Ya.

—¿Y ahora qué ves?

—Ahora te veo a ti, desnuda.

## **IX. Violeta en Isabel; Isabel en Violeta. Reconstrucción de los hechos y correr desnudas como insectos**

Violeta escribe toda la mañana y, luego, sale y fuma un cigarro de marihuana. Se ha mudado temporalmente a casa. Se desviste, sigue fumando y el humo del cigarro

ahuyenta los insectos o hace su curso de vuelo más lento. No lo sé. Le pido que pare, porque comienzo a marearme.

—¿Violeta, estás aquí?

—¿Sí?

—¿Por qué cierras los ojos? ¿Por qué cierras los ojos y caminas desnuda dentro de la casa, y si hace calor sales al patio y, luego, te recuestas y, después, vuelves a entrar a la casa a ducharte?

—Porque intento escribir, Isabella.

—¿Qué has escrito ahora?

—Nada. Solo esto.

—¿Puedo leerlo?

—Sí, pero antes dime qué pasó anoche.

—No sé, dime tú.

—Nos quedamos aquí. Corrimos desnudas dentro del cuarto, algo así.

—El cuarto es pequeño.

—Más de lo que debería.

—Corrimos hasta quedarnos sin respiración.

—Luego, paramos un poco y volvimos a correr, pero ahora intentando adherirnos a las paredes, como insectos.

—Corrimos así toda la noche y parte de la mañana.

—Después, nos recostamos, pero entendimos que era muy pronto y entramos a la regadera. Más tarde, nos quedamos en silencio.

—Enseguida, dije: “Desde pequeña me han acostumbrado a correr”.

—Y ahí comenzó todo. O mejor dicho se reinició de pronto, como un espiral que nos tomaba a las dos por el cuello y nos conducía de vuelta a la regadera.

—Todo pasó en segundos. Salí a buscar la toalla. Pero no había toalla. Entonces, solo me sacudí el cuerpo y, después, me mantuve quieta hasta secarme sola y llegaste, y te abrazaste a mi espalda.

—Has amanecido conmigo y siento cómo tu cuerpo se va amoldando al mío. Siento esta curiosidad por oprimir el corazón de las dos y tener ganas después —pero mucho después— de despertar y llegar hasta la mesa para probar el desayuno.

—En nosotras dos, había formas que se desplegaban por el tiempo de nuestras vidas pasadas.

—De países, edades e identidades opuestas. En nosotras, había algo que se extendía por el cuerpo y sus recientes hallazgos.

—Miro a Violeta en mí y eso me ayuda a pensar en el momento presente de las presencias. En el contacto como principio de *estar* del cuerpo. Y en la sexualidad

asumida como un ejercicio de voluntad. Luego, vamos otra vez a la ventana. Ahí los ciclos lunares dictan desde la montaña otras fecundidades que nos acercan:

*kutsi k'amarastia/ Kutsi urípiti Kutsi/ k'epékumisatia/ Kutsi k'epékhursti/ Kutsi uentania sapichu Kutsi/ k'amarastia/ Kutsi urípiti/ Kutsi k'epékumisatia/ Kutsi k'epékhursti/ Kutsi uentania sapichu/ Kutsi k'amarastia.*

**X. Ciclo de los encuentros. En todo caso, hay siempre un dolor que implica regresar o partir. Carta de Violeta a su hija**

María:

Entender que hay que regresar. La idea de retorno se acumula en mí, en Mariana, en Estela, en Monserrat, en Isabel. En otras mujeres que tal vez no conocerás. ¿Cómo funciona esto, mi niña? Funciona como funciona un ciclo de los encuentros. Un ciclo más poderoso que nosotras, que viene de otros climas, a veces secos, a veces llenos de humedad, pero siempre con un viento que parece suave, pero es fuerte y nos acerca. Entender que hay que regresar conduce al mismo lugar del que se ha partido. Sin embargo, ese lugar deja de ser el mismo. Mariana lo supo, Estela lo supo. Isabel lo sabe ahora: el lugar del regreso ya no es el mismo. Tampoco para

las personas que hemos perdido. El lugar del regreso no es claro. Hay sombras que lo atraviesan y, luego, hay una claridad intensa que a ratos llega y nos ciega y no nos permite saber cuál es ese momento, cuál es ese lugar. Por eso, mi niña, debo decirte que no sé todavía cuándo podamos volvernos a ver.

*Voli.*

**XI. Demolición de viviendas cercanas a la montaña y ejecución de cinco mujeres. Primera agresión frontal al pueblo, ocurrida el 18 de marzo de 2011**

—¿Qué ha pasado?

—La casa. Quieren echarla abajo. Dijeron que traerían máquinas, que las máquinas comenzarían primero con las casas y, luego, con las mujeres. Después, seguirían con el bosque.

—¿Estás bien?

—Sí. Trato de estarlo.

La toco y siento que mi mano se quema por la fiebre. Hay algo en ella que transcurre dentro. Se que se niega a irse. Sé que quiere quedarse aquí.



—¿Tienes frío?

—Tengo frío desde hace días, pero tengo más frío ahora.

—¿Qué viste?

—Había mujeres que se reunían en una casa para organizarse y saber qué hacer. Luego, esas mujeres fueron desprendidas de su ropa y obligadas a correr desnudas por las calles del pueblo hasta que se cansaban y caían. Y a las que caían les disparaban.

—Escúchame, hay que salir de aquí. ¿Entiendes eso? Tenemos que irnos.

—Tócame.

—Estás fría. Vuelves a estar fría como una piedra.

—¡Pues, lanza esa piedra!

Intento sujetarla, pero se desvanece en mis brazos. ¿Qué hago con ella? ¿Dónde nos ocultamos? ¿A quién podemos pedir ayuda? Isabel intenta mantener la respiración y, en un momento, resucita. Veo entonces que su cuerpo comienza a palidecer. Le hablo. Le digo:

—¿Me ves?

—Sí.

—Todo es claro y, luego, vuelve a ser oscuro.

—¿Estás?

—Sí. Aquí estoy.

—Te toco. Te siento.

—Siento que hay alguien detrás.

—¿Detrás de quién?

—De nosotras dos.

Veo dentro de la casa que hay paredes que están a punto de venirse abajo. Las he tocado con las dos manos. Me he intentado reconocer en su temperatura, en su aspereza. Me ha parecido que el cuerpo mío es el cuerpo de una superficie suspendida, que ayuda a entender la división natural de los espacios. Me voy quedando fría, rígida, vacía. No sé qué hacer ni qué decir ni cómo actuar. En este momento, todo está fuera de mi alcance, de mis potencias de entendimiento y lucidez y del hartazgo de esa lucidez. Lo único claro es que esto ha dividido el tiempo entre un antes y un después. Y también ha determinado, entre otras cosas, las causas necesarias de mi partida.

**XII. Los sacrificadores: Civiles armados que actúan bajo el consentimiento de las fuerzas del orden dispuestas por el Estado**

—¿Quién es él? ¿A qué ha venido?

—Quiere hablar con las dos.

—¿Hablar de qué?

—De lo que escribes.

—Escribo para un diario.

—¿Qué diario? Pregunta.

—Un diario independiente.

—Quiere tus documentos.

—No tengo aquí los documentos. ¿Qué es? ¿Policía migratoria?

—Espera...

—Ella vive aquí, yo soy la única extranjera.

—Pide que te calles.

—Cierra la puerta Isabel, no respondas más.

—¿Qué escribes?

—¿Qué?

—¿Qué que escribes? Está preguntando eso.

—Se lo diré yo misma.

—No. Me pide que solo sea yo la que conteste.

—Dile que escribo del bosque, pero ahora no estoy segura de seguir haciéndolo más

—Se fue. Ha dicho que, de encontrarte otra vez, no habrá más preguntas.

—¿Entonces?

—Entonces te llevarán con ellos.

**XIII. Con las armas hurgaron en nuestros sexos. Fue un proceso de escrutinio silencioso. Fue un proceso lento que pocos notaron y, sin embargo, conocimos con claridad**

Mi identidad se reconocía a sí misma como identidad sin forma.

—Como una No-identidad, como un vacío.

Y así, comenzaba a imaginar trayectorias.

Por ejemplo: empecé a escuchar voces lejanas de hombres  
que usaban herramientas con las que iban golpeando  
el piso y las paredes.

Así, hasta que avanzada la noche no se escuchaba ni un sonido más  
y eso era pavoroso. Eso era igual que resignarse a esperar que todo  
volviera a suceder después y nosotras tembláramos pensando que  
esa noche *sí nos matarían*.

Tengo las voces cercanas de todo eso. Tengo voces pronunciadas  
muy despacio, casi en silencio y tengo un espacio pequeño de memoria que  
reservé para las otras, las del recuerdo, las que gritan más al paso del tiempo:

*Un hombre me sujeta del hombro y me vuelve a incorporar. Así, sucesivamente. Así como en una danza que comienza y termina si yo decido permanecer finalmente de pie. Luego, el hombre me retira la venda y puedo verlo a los ojos y sus ojos son hermosos. ¡Son hermosos! Se trata de un hombre joven, con un corte moderno. Me toma de la mano y me lleva hasta otro salón donde otros hombres jóvenes como él*

*cargan las armas y, después, toman un descanso para mirarme. Y, enseguida, el hombre vuelve a mirarme y, luego, vuelve a colocarme la venda. Se acerca al oído y me dice que cuando se acaben los pinos, se van a llevar a las mujeres y, después, a las niñas, y, más tarde, a las piedras.*

Pensé en Violeta tomando sus cosas, Dejando sus escritos debajo de mi cama. Teniendo que irse pronto y sin despedirse.

Pensé en esos hombres. Pensé en esas presencias ocultas del bosque que se no se correspondían. Pensé en lo que debía dolerles llevar esas pesadas armas en la espalda.

Pensé en que ellos también eran reflejos simultáneos del dolor del bosque.

*Reflejos simultáneos del dolor del bosque me resonó el día completo, porque si el dolor era ya una enunciación de la vida, la vida era el reflejo de otros modos de entender ese dolor.*

Violeta: Mi cuerpo. El que fue. El que no será. Te estará buscando

desde la cabeza hasta los pies. Desde el contacto ocasional y el golpe  
en el rostro del asesino. Desde mí hacia ti. Tocar es estar. En lo físico.  
En lo inmaterial, en lo anímico.

La necesidad de ti se rebeló en mí como acto de amor.

Un ejercicio de los cuerpos por no sustraerse. Por componerse.

Una voluntad que se desvanece en la medida en que avanza

nuestro agotamiento/ Una forma suspendida

—como una figura geométrica tridimensional— que se reduce

frente a nuestros ojos hasta resplandecer.

#### **XIV. Llamada telefónica entre Violeta e Isabel dos días después de las agresiones**

—Mataron a más mujeres durante la noche. También se llevaron a algunas muy  
jóvenes, casi niñas. Lo supe por mujeres que lloraban y se apostaban en las oficinas

de la policía, pero nadie hacía nada. Al cabo del tiempo, nadie ha señalado su responsabilidad en esto.

—Y no lo harán.

—Pero las cosas son claras. Están ahí los agresores y están ahí los que han pedido que caigan los agresores. ¿Me sigues?

—Sí.

—Escribiré sobre esto y lo haré porque es lo único que sé hacer. Porque es lo único que pudo reconocer en este momento como necesario y también porque es una forma de estar ahí, de estar contigo. De acompañar a las demás.

—Quédate.

—¿Qué?

—Que te quedes, que vuelvas conmigo. Eso también se ha vuelto necesario.

—No lo sé, Isabel.

## **XV. Las bóvedas. Secuencia horaria de la segunda agresión frontal al pueblo, ocurrida el 22 de marzo de 2011**

**17:20 horas**



Era jueves. De pronto, llegaron más camiones de talamontes a la montaña. Dentro de los camiones, venían más hombres y venían más armas. ¿A dónde iban a parar esas armas? ¿Y qué puede pasar con ellas? ¿Cómo pueden estas armas ayudar a modificar nuestra realidad y nuestro entendimiento sobre el uso de nuestro suelo? Hoy he sabido que, a la montaña, los asesinos la llaman *Bóveda* y guardan ahí los cuerpos y el armamento.

### **18:40 horas**

Las armas fueron dispuestas en la *Bóveda* para ser usadas por otros hombres que se internaron en la montaña de noche. Se iluminaban con lámparas y comenzaron a talar sin descanso, echando a andar sus motosierras y dejando caer los árboles en ese sonido angustioso, afligido, terrible también, del golpe sobre la tierra, como si se tratara de su propio lamento. Desde mi ventana, podía ver los chispazos de luz de las lámparas. Luego, dejamos de ver y de escuchar. Eso quería decir que ya estaban cargando los camiones.

### **19:00 horas**

Al poco tiempo, las máquinas bajaban de la montaña con el bosque a cuestas, llevándolo sobre carrosas funerarias que transportan sus cuerpos caídos. Más tarde, todo estaba ya dispuesto en el aserradero de una memoria que se confundía entre las especulaciones de su origen y su destino. Y, en todas o en la mayoría de

ellas, siempre aparecía la misma condición de muerte y estupidez que trae consigo la violencia. Esta violencia única, inmemorial.

### **19:40 horas**

De niña, siempre quise estar perdida en un bosque. Las *Alicias* de Carroll llevaron hasta nuestra puerta las peores pesadillas. Entonces, que el bosque no existiera era una cosa, pero que el país tampoco, era otra. De niña, intentaba elevar objetos con el pensamiento. Hoy, me reduzco a otro tipo de hazañas: intento desnudarme sin demasiada prisa y siento que comienzo a extrañar a Violeta. Lo que hace una extraña —¿terrible?— combinación entre estar enamorada y estar muriendo de dolor por un país casi extinto.

### **20:50 horas**

En la conformación de mi territorio, las especies asumen su composición; son como son, no como queremos que sean. —Nada de encomiendas, nada de antiguos pasajes bíblicos—. Están ahí porque lo han decidido. Son dueñas y causantes de su destino. En ello, no hay creación, no hay evolución, no hay cadenas alimenticias. Hay una ley general para todo este universo: todo lo que es, es. Pero aquí todo está dejando de ser.

### **21:00 horas**

¿Soy invisible? ¿Es posible lograr la invisibilidad en algunos casos como éste? ¿Es posible vivir en un país de las maravillas que se reduce a la capacidad de sostener un estado silente? ¿Un estado puro de vértigo e inercia? A partir de estas experiencias y luego de permanecer oculta durante algún tiempo, observo con atención la ropa que ha quedado esparcida en el piso de la habitación y pienso que, desde algún lugar, Violeta imagina que se trata de un bosque, donde nos tendremos que encontrar, tarde o temprano. Pero no cuenta con que alguien, antes, le prenderá fuego a ese bosque.

#### **XVI. El incendio. Tercera llamada registrada en el teléfono de Violeta**

—¿Qué pasa?

—Están aquí otra vez. Anoche subieron a talar hasta el amanecer como quien prepara un crimen enmendando, con el tiempo, otro aún más grande. Más luminoso y grande.

—¿Qué han hecho?

—Han sepultado el camino. El camino que nos llevaba a la montaña. ¿Entiendes lo que trato de decirte? No habrá más camino.

—No habrá más camino y no habrá más posibilidades de quedarse ahí. Tienen que irse ya Isabel.

—Vuelve. Regresa al sitio de la ventana conmigo. Durante estos días, he venido acostumbrándome a las ruinas de nuestra propia casa. ¿Entiendes lo que trato de decirte?

—Entiendo.

—Como una niña que no se consuela en ningún otro sitio.

—Los sitios pueden reinventarse también. Encontrarse en otro lugar, sin dejar de ser los mismos. Te he pensado. Te he pensado tanto y eso es lo que me ha traído de regreso a ti. Pensarte. Pensarte, pensarte profundamente hasta que el pensamiento se desvanece y me hace dormir.

—“Cuando abra los ojos, todo estará ahí”, me repito. “Cuando abra los ojos, las cosas volverán a tomar su lugar y tú eres las cosas”. Tú eres el tiempo y tú eres la ausencia del tiempo.

—Sostengo con mi mano esta carta donde he dicho a mi hija que será difícil volvernos a ver. No sé si esto pueda ser entendido como una prueba que tendré que pasar. ¿Sigues ahí?

—Han tomado lo que han querido. Y han comenzado a incendiar el resto. Desde la ventana, se ven las columnas de humo y el destello saliendo de diferentes puntos de la montaña. Y ya comienza a caer la noche, por lo mismo resplandece más.

—El fuego es usado por ellos como una unidad de sentido que va al inconsciente. Como una voluntad de la muerte. Una imagen. Un pensamiento que tiene el propósito de generar terror. Saca ese pensamiento.

—Eso intento desde que todo comenzó.

—Quisiera estar ahí para acompañarte.

—Yo quisiera que estés aquí.

—¿Tu madre?

—Bien, miramos juntas la ventana. Ella callada, yo hablando contigo.

—Retírense, Isabel. Es mejor que se resguarden en la habitación contigua.

—En mis más terribles visiones, no aparece nada igual con tal esmero tratando de destruir y, luego, de resarcir todo. Los animales incendiados y los animales sin incendiar. Los que pudieron sobrevivir al fuego.

—Retírense de la ventana, Isabel.

—Hoy, entiendo más de la orientación del humo cuando el viento lo conduce a tu cara. Todo es humo y todo es un rito funerario que repite constante el gesto de la muerte a su paso.

—Te veo con claridad y veo que eres tan idéntica y tan distinta a mí como creí.

—Me fui pareciendo al árbol, al estanque, a la hoja que flota y, luego, se hunde en el estanque sin que sea necesario mirarla. Hoy, me duele todo esto que nunca pensé mirar.

—No lo veas más. Vuelve a la habitación. Trata de dormir un poco.

—Abajo, los techos comenzaban a iluminarse por el incendio. La cortina de humo ya es intensa y va llenando el cielo, hasta que el cielo se vuelve humo y yo me vuelvo humo y nuestro dolor se vuelve humo también.

—Regresa a la cama, Isabel.

—Las mujeres comienzan a salir. Caminan por la calle, entre la negrura y el frío. Las mujeres quieren el bosque. La tierra donde están los muertos.

—¿Isabel?

—Ahora tengo que colgar.

—¿Qué quieres decir con todo esto?

—Que son años de explotación y dolor para este pueblo.

## **XVII. Plegaria**

Si pudiera acompañar en esta plegaria a mi madre. Su cuerpo fue testigo de otros nacimientos y solo yo fui con quien decidió quedarse. ¿Madre, quieres recostarte en mí? Quiero que me tengas desnuda en tus brazos como cuando era una niña. ¿Qué poder de la razón hizo que todo se silenciara en ti? ¿Cómo entender que la palabra era un acontecimiento de la presencia de tu cuerpo y de la ausencia de las

mujeres de las que descendían esas palabras? ¿Cómo regresar a la esencia de la voz tuya, la que conocíamos todos en la casa? ¿Me ves?

**La madre:** Te veo, Isabel. Siempre te he visto.

Pienso en Violeta. Sigo pensando en ella como en mi padre. Sigo pensando en él contigo. Y en Violeta en mí. En los cuatro. No huiremos de aquí por miedo a que nos maten. Hoy, en ese jardín, sale a flote la ropa de mi padre y, con esa ropa, vuelvo a vestirlo y, luego, nos sentamos y la tarde nos cae sobre la espalda. Hoy, este jardín es el cuerpo nuestro y la luz de la mañana y la contradicción de la ceniza y el árbol que ha nacido junto a una soga, dispuesta.

### **XVIII. Mujeres jóvenes y ancianas armadas por la montaña**

Avanzamos hacia la noche y la noche nos da el camino.

Aquí sobre los animales muertos, nos damos ánimos de seguir viviendo.

Todo lo que había en este lugar inició su tiempo de conservación

hace cientos de años y en el tiempo de conservación

se comprendieron sus estaciones. Su tiempo de florecer.

De escasez de reposición continua de la vida.

Están ahora sobre el tronco de un árbol los restos del pueblo

y del tiempo. Ahora han llegado estos hombres

acostumbrados al fuego.

Para ellos no somos nada. Somos las mujeres nada.

Las mujeres brasa. Las mujeres humo. Las mujeres carbón.

Cuánto hemos llorado por este pueblo que ha tenido que levantarse

como ha podido. Cuánto hemos reído, mientras la madre está ahogada

en el río, pero el hijo pequeño sigue nadando.

El tiempo que marca el incendio también esperaba debajo.

Cauto. Paciente. Y de un momento a otro, desde dentro,

algo resurgió en nosotras. Entre toda esta ceniza.

Como en un vientre seco. Como un amigo de la infancia muerto.



Como los cuerpos que han sido campo fecundo de la barbarie.

Paraíso sacrificado. Mapa convulso que a veces desfallece  
y a veces recobra su estructura de cruces interminables.

Hemos venido porque la ropa que aquí se ha encontrado  
es la ropa de nuestros hijos —un hábitat impreciso donde  
no se tienen certezas de nada— y lo que decimos es:

Abran la tierra. Abran los bosques.

Hay cuerpos.

Porque miramos nuestras manos y no vemos más que  
el vacío trazado por la espera. La insensatez y la indignación.

Solas como destellos de luz que siguen su camino entre  
las detonaciones.

Por cada palabra un árbol.

Y por cada madre, un hijo que aparece vivo o muerto.

## **XIX. Regreso de Violeta a Cherán, 15 de abril de 2011**

—No pensé que llegaras hoy.

—Te dije que haría lo posible.

—Bien, pasa.

—¿Ves?

—¿Qué?

—Has abierto la puerta y has dejado extendido el brazo otra vez.

—¿Te quedarás?

Isabel estaba de pie, vestía vaqueros con algunos restos de hierba y botas. Hice las menos preguntas que pude. Hablé muy bajo, para acércame a ella todo lo posible y, al final, poder abrazarla.

—¿Has estado en la montaña?

—Sí. Yo y otras más.

—¿Qué han visto?

—Tanto y nada. Hemos limpiado todo. Los troncos de los árboles reposan sobre los campos de cultivo y hemos comenzado a organizar brigadas para cavar.

—Era necesario. La montaña es una fosa.

—Es una fosa y es también un sitio para reforestar.

—¿Tu madre?

—En su cuarto. Hoy la vi distinta, pensé que me hablaría. Ha esperado demasiado siempre.

—Antes hablaba.

—Sí, antes hablaba. Y creo que habló todo lo que tuvo que hablar.

—Isabel... ¿Qué puedo decirte? Pensaba que te vería mucho después. Toda promesa es de una fragilidad infinita.

—Y ahora ahí estás. Y de pronto, todo se vuelve a explicar: estaciones nuevas, nuevos accidentes o los mismos pero sufridos de manera distinta. ¿Quieres tomar un té?

Y sí, ahí estaba la misma que era yo. La que conocí hace años, la que me confió sus secretos más íntimos que guardaba dentro de un alhajero color plata.

—La habitación me parece más grande. Veo que se ha reconstruido.

—Se reducía y se hacía más grande según la perspectiva de cada una. Aquí están tus escritos.

—Mi madre también guardaba palabras escritas y durante los albores del golpe militar le prendimos pólvora, la pólvora es la sed del tiempo. Pero también es un material caro que se produce poco, que cuesta conseguir.

—¿Qué querrás hacer?

—Subir a la montaña.

—Pues vamos.

## **XX. Cuerpos como bosques (Canción de Isabel)**

Nosotras pensamos que bastaba con la sangre.

Con el tiempo de las manifestaciones del hambre y la sed.

Un día en la espera tardía de los 300 años

salimos de aquí para subir a la montaña.

En ese desvarío que nos llevó a encontrarlos a ellos

(Los que devoraban el bosque)

supimos que estaban avergonzados

porque no mostraban el rostro y eran gente del pueblo.

Gente que en vez de rostro llevaba máscaras de humo

color gris y máscaras de sombra negra.

Hablamos con ellos y ellos nos mostraron el camino

que llevaba a la barranca y de la barranca a la boca profunda

del *Uarhichao*.

Entonces nuestro interés se apartó de las ruinas.

En los antiguos cantos de sociedades acostumbradas al dolor

se fue componiendo un gran entramado de causas.

Una de ellas fue volver a vernos en los sitios donde

nos habían venido matando.

Nos dijeron que no había posibilidades de continuar así.

Y sin tener detrás a los pocos hombres que habían quedado

la guerra nos dio un espacio de claridad que espoleaba  
cualquier voluntad de muerte.

Habíamos hecho todo eso para mantenernos vivos.

No queríamos que nos siguieran matando, eso era todo.

En este campo de batalla y espejismos que se relacionaban  
con la caída del pueblo. No queríamos seguir cayendo.

Quien nos sigue guiando es *Kurhika k'eri*

porque el águila negra vuela todavía sobre el campo.

Su presencia se vuelve cuerpo —cuerpo y lluvia— y pensamiento

en nuestras manos y nos hace detenernos por completo

en medio de la inmensidad de la mañana que ya comienza.

Entonces te veo a ti *P'urhé*, ya naciendo

ya diciéndome lo que tengo que hacer.

Ya tomando el cuchillo. Ya poniéndolo en mis manos.

Yo era los bosques. Y el cepo y la niebla. Los horarios del día.

Las plantas y los insectos. Yo era el comienzo y la fragilidad

y era la niebla del comienzo. Y era los espejismos de la claridad

matutina y era el amor de Violeta cuando en el bosque

colgaron a Violeta de uno de sus árboles más altos.

Y yo era el bosque.